



*Origen y evolución
del castellano*

Lenguaje



Origen y evolución del castellano

José Manuel Huidobro/huidobro@iies.es

LAS LENGUAS PRIMITIVAS DE LA PENÍNSULA

Los primeros habitantes de la Península Ibérica de los que se tiene noticia, pueblos de diversas procedencias, hablaron lenguas también diversas –célticas, ligures, ibéricas, etc.–; pero el conocimiento que tenemos de ellas es muy escaso y confuso. En algunas zonas del sur de Levante, donde los fenicios (desde el siglo XI antes de Cristo) y los griegos (desde el VII antes de Cristo) fundaron una serie de colonias, se hablaron las lenguas propias de estos pueblos.

En el siglo VII a.C. un nuevo pueblo fenicio, el de la ciudad de Cartago (en el Norte de África), tras establecer una colonia en la isla de Ibiza, inició una larga dominación en el sur de la Península Ibérica. Esta dominación, cuando los cartagineses lucharon contra los romanos y fueron vencidos por ellos, trajo como consecuencia un acontecimiento de importancia fundamental para la futura nación española: la presencia, en el suelo ibérico, del pueblo, la cultura y la lengua de Roma.

La Península Ibérica fue romana desde finales del siglo II a.C. hasta los comienzos del siglo V d.C. Tan

honda fue la huella que en esta tierra dejó la civilización romana, que no sólo quedó casi totalmente olvidada toda la cultura anterior, sino que quedó definitivamente marcado por ella todo lo que vino después.

De todas las lenguas que existían en la Península Ibérica antes de la dominación romana –y que por ello llamamos prerromanas– sólo una quedó en pie y ha llegado viva hasta nuestros días: el euskera. El vascuence no ha dejado de influir algo sobre la lengua castellana, y prueba de ellos es que algunos rasgos fonéticos y algunos elementos morfológicos de ésta parecen ser de origen vasco.

También, de las lenguas desaparecidas han quedado reliquias aisladas dentro del vocabulario español. Algunas de las palabras que se suelen citar como “vasquismos” pudieran proceder realmente de esas lenguas de donde pasaran juntamente al euskera y al castellano.

Donde más abundante es el recuerdo de aquellas viejas lenguas es en los nombres fósiles de la geografía. También infinidad de comarcas y regiones han conservado a través de más de dos mil años los nombres que ya tenían cuando empezó a existir en la historia esta península, como los fenicios de Cádiz y Málaga, y los celtas de Sigüenza y Segovia.

EL LATÍN, NUESTRO IDIOMA

En el año 218 a. C. desembarcó en Ampurias un ejército romano que venía a combatir contra los cartagineses, en la guerra que la ciudad de Roma sostenía contra éstos. Así comenzó una dominación que había de durar más de seis siglos.

Hispania fue declarada enseguida provincia romana, y sus conquistadores, dotados de gran sentido práctico y talento organizador, fueron colonizando la mayor parte del territorio y explotando sus recursos humanos y naturales. Los hispanos, que se vieron obligados a incorporarse al modo de vida implantado por los romanos, hubieron de aprender, entre otras muchas cosas, el idioma de éstos. Aunque las viejas lenguas prolongaron su vida en algunos lugares durante muchos años (como el euskera), fueron poco a poco replegándose ante las ventajas que ofrecía el uso de una lengua oficial común, que a la vez era indispensable para la relación con los dominadores y el comercio.

¿Qué lengua hablaban los romanos? Como la ciudad de Roma está situada en la región del Latium –que fue la primera frontera de la expansión romana–, su lengua se ha llamado latina.

El latín es una de las lenguas itálicas, grupo de lenguas hermanas habladas en la península de este nombre unos siglos antes de Cristo, variedades de una lengua anterior, el itálico, la cual sólo conocemos a través de sus hijas. El itálico, a su vez, era una rama del antiquísimo tronco indoeuropeo. Todo lo que sabemos de la lengua indoeuropea es también a través de sus descendientes: se conoce su existencia –que hubo de ser en época muy remota, anterior en varios milenios a la invención de la escritura– por las numerosas semejanzas que se descubren en una serie de lenguas aparentemente muy distintas y hoy muy alejadas entre sí geográficamente, semejanzas que sólo son explicables suponiendo un origen común. Así se sabe que, al lado del latín –con toda su descendencia– y las otras lenguas itálicas, son indoeuropeas las lenguas célticas –tanto las que se hablaron en Hispania prerromana como las que hoy perviven en las Islas Británicas–, el griego, el albanés las lenguas germánicas, y las eslavas. Casi todas las lenguas de Europa pertenecen, pues, como el latín, a la familia indoeuropea.

Dentro de este árbol genealógico, el latín tuvo un destino muy singular. Empezó siendo la lengua de una comarca en el centro de la Península Itálica y llegó a

ser, tras la expansión del poderío romano, la lengua del mayor imperio conocido en la antigüedad.

Hoy el latín vive, bajo distintas formas de evolución, en Portugal, en España, en Francia, en Bélgica, en los extensos territorios adonde lo llevaron los españoles, los portugueses y los franceses, tanto por América del Sur como por Asia y África.

Un hecho religioso importante, el establecimiento de los pontífices cristianos en la ciudad de Roma, dio lugar a una larga pervivencia del idioma del Imperio romano –desde el siglo III hasta nuestros días– como lengua universal de la Iglesia católica.

También, la lengua latina alcanzó un gran nivel literario bajo el influjo que la gran cultura griega ejerció sobre las clases letradas de Roma, y sirvió como vehículo a una importante producción científica. Como consecuencia de esto, mucho después de la desaparición del Imperio romano, una larga época de la cultura moderna –del siglo XV al XVIII–, recuperado el latín y las obras maestras de la poesía y del saber antiguo en él escritas, revitalizó el estudio de este idioma y su cultivo, que ya venía de la Edad Media, como lengua universitaria y científica.

Pero esta vida del latín como lengua de la ciencia y como lengua eclesiástica es completamente artificial, a diferencia de la verdadera continuación que son las lenguas neolatinas, es decir, las “nuevas lenguas latinas”, que también se llaman románicas o romances, y que son: el francés, el provenzal, el italiano, el retrorománico o romanche y el rumano, además de las lenguas que ahora se hablan en la península Ibérica (a excepción del euskera).

ORÍGENES DEL IDIOMA ESPAÑOL

La base del idioma Español es el latín vulgar, propagado en España desde fines del siglo III a. C., que se impuso a las lenguas ibéricas y al vasco.

Los abundantes documentos que nos quedan del latín provienen de los textos literarios. Pero si queremos conocer los verdaderos orígenes de nuestra lengua, tenemos que imaginar como hablaban los hombres y mujeres del Imperio.

Efectivamente, las lenguas romances no derivan del latín escrito en la literatura, sino del latín hablado en las calles y en las plazas. Y las diferencias entre una y

otra variedad lingüística son importantes. En el aspecto fónico, el latín literario diferenciaba diez vocales (cinco largas y cinco breves) y esa longitud de la vocal podía modificar el significado de una palabra. El latín oral reemplazó esa distinción por el acento de intensidad, que persiste como rasgo distintivo de nuestra lengua. En el plano morfológico los sustantivos y los adjetivos se declinaban, lo que significa que adoptaban una terminación diferente según cual fuera la función que desempeñaban en la oración.

Esta característica del latín literario era reemplazada en el latín oral por un aumento en la cantidad de preposiciones, tal como sucede en el castellano actual. En lo referente al aspecto sintáctico, el latín literario empleaba con frecuencia el hipérbaton en tanto que el latín oral ordenaba la oración con una regularidad casi constante y similar a la de nuestra lengua. Una relación lógica por parte, si se tiene en cuenta que una lengua evoluciona y se modifica con mayor dinamismo en su variante oral que en la escrita.

EL NACIMIENTO DEL ROMANCE

En ninguna lengua habla igual el nacido en una región que en otra, ni un hombre culto habla igual que un analfabeto, ni tampoco se habla igual que se escribe. Estas diferencias son más notables en unas lenguas que en otras. Y en el latín eran mayores que lo son en el español de hoy. Se llama latín vulgar la forma hablada por el pueblo de Roma y de las diversas provincias y colonias. Y es este latín, y no el usado por los escritores –latín clásico–, el que fue evolucionando poco a poco en todos esos territorios hasta llegar a las actuales lenguas románicas.

Pero el latín vulgar presentaba modalidades distintas según los lugares. La fecha del comienzo de la conquista de un territorio determinaba que en su lengua tuviese rasgos más arcaicos, o más modernos. Otro factor influyente era la procedencia, de una región u otra itálica, que predominase en los soldados que ocupaban el país. Otro era la mayor o menor distancia, la mejor o peor comunicación con la metrópoli. Otro era, naturalmente, la lengua nativa de los habitantes sometidos, que introducían algunos de sus hábitos de pronunciación y parte de su vocabulario en el latín que ellos hablaban.

Pero al llegar el siglo V la invasión de todas las provincias romanas de Occidente, por los pueblos germá-

nicos, aisló cada provincia de las demás y fue tomando más fuerza el latín hablado en cada una de ellas.

De todos modos, en los lugares dónde más influencia habían tomado la lengua y la civilización latina, éstas fueron abrazadas por los conquistadores bárbaros. Hispania fue uno de los sitios dónde ocurrió esto y el pueblo germánico que más fijamente se afincó en las Península, los visigodos, aunque no abandonó muchas de sus costumbres, se romanizó bastante, sobre todo a partir de su conversión al catolicismo.

Pero esta mezcla de dos culturas tampoco se pudo realizar sin la marca germánica en el idioma. Por otra parte también era inevitable que los hispano-romanos adquiriesen, no sólo usos nuevos, sino también voces nuevas. En realidad, ya antes de las invasiones del siglo V el latín general del Imperio había tomado de los germanos algunas palabras que aun viven en las lenguas románicas. A ellas se unieron en la Península otras en la época de los visigodos.



Vía de entrada y distribución de los distintos pueblos bárbaros que tuvieron su influencia en el desarrollo de la lengua.

Durante la época visigoda se inició en Hispania el crecimiento del vulgarismo en el latín hablado en ella, como consecuencia de los dos factores que favorecieron en toda la Europa romana invadida por los germanos: descenso de nivel cultural y aislamiento. Pero no sólo se produce una evolución respecto al latín clásico, sino que sigue diferentes caminos según las regiones. A partir de ahora se puede hablar de la existencia de unos dialectos del latín hispánico, que dan origen al nacimiento de las lenguas romances de la Península Ibérica.

Sin embargo hasta pasados varios siglos no se aclaran suficientemente los distintos dialectos. Alrededor del año 950, dos tercios de la Península están en poder de los musulmanes. En todo Al Andalus la lengua oficial de los dominadores, el árabe, sus habitantes hablan su latín vulgar. Como estos hispanos que habi-

taban en territorio árabe se llamaban mozárabes, mozárabe es el nombre que se da también a su lengua. En ella están redactados los primeros textos literarios en lengua romance: las jarchas (composiciones escritas en alfabeto árabe o hebreo, pero que transcritas corresponden a una lengua arábigo-andaluza).

El mozárabe, fue desapareciendo poco a poco a medida que sus hablantes, al avanzar la Reconquista, eran incorporados a los reinos cristianos del Norte y adoptaban su lengua, que eran otros romances.

Los romances avanzaron hacia el Sur a medida que los territorios se expandían. Uno de estos romances será el que dará lugar al Castellano.

El Castellano, el dialecto de un pequeño rincón de la frontera oriental del reino leonés, zona militar batida por los asaltos de los musulmanes, empezó siendo un bárbaro lenguaje que motivaba las risas de los cortesanos de León. Castilla, primero condado dependiente de los reyes leoneses, después estado soberano, asumió la iniciativa de la Reconquista en la Meseta y acabó sometiéndose políticamente a León. El dinamismo castellano no sólo avanzó hacia el Sur musulmán, sino que desplegó su influencia sobre el Oeste y el Este cristianos.

DEL CASTELLANO AL ESPAÑOL

El Español también se llama castellano, por ser el nombre de la comunidad lingüística que habló esta modalidad románica en tiempos medievales: Castilla.

Existe alguna polémica en torno a la denominación del idioma; el término español es relativamente reciente y no es admitido por los muchos hablantes bilingües del Estado Español, pues entienden que español incluye los términos valenciano, gallego, catalán y vasco, idiomas a su vez de consideración oficial dentro del territorio de sus comunidades autónomas respectivas. Por el contrario, en los países hispanoamericanos se ha conservado esta denominación y no plantean dificultad especial a la hora de entender como sinónimos los términos castellano y español.

Pero volviendo a sus orígenes, la primera noticia que se tiene de la existencia de un dialecto castellano corresponde al siglo X. Era al principio sólo el dialecto que se hablaba en unos valles al nordeste de Burgos, lindantes con la región cantábrica y vasca.

¿Cómo creció desde su humilde cuna hasta llegar a ser una de las grandes lenguas del mundo? La situación de aquella primera Castilla, tierra de fortalezas, línea defensiva de los reyes de León, expuesta constantemente al peligro enemigo moro, constituida por gentes que no se sentían ligadas a una tradición romano-visigoda, dio a los castellanos un espíritu revolucionario, que se reflejó en su política, costumbres y lenguaje.

El dialecto castellano presentaba una personalidad muy marcada frente a los otros dialectos peninsulares. Se formaba en una zona más débilmente romanizada que los otros, y por eso estaba más vivo en el recuerdo de viejas lenguas.

Mientras en el romance de otras regiones pesaba una fuerte romanización, en el castellano, que nacía en una tierra agreste y malamente comunicada, no se sentía ligada a ninguna regla ni tradición que perjudicara su evolución. Esta es la explicación de sus innovadoras características frente a otros dialectos.

A medida que Castilla aumentaba su poder político y la Reconquista avanzaba, el castellano se enriqueció con numerosos vocablos. Esto debió ocurrir sobre todo con el mozárabe, vía de penetración del ingrediente de originalidad del castellano frente a los idiomas rómnicos de fuera: el arabismo.

La presencia en la Península de los musulmanes durante más de ocho siglos había de dejar necesariamente la huella de su lengua. El mayor peso de la influencia árabe debió darse en los primeros siglos de dominación cuando su cultura era increíblemente superior a la pobrísima de los reinos cristianos. Todavía hoy, numerosas palabras del árabe dan a nuestra lengua un matiz exótico y se ha calculado en un 8% el total de arabismos en nuestra lengua.

La influencia Vasca

Junto a estos elementos lingüísticos también hay que tener en cuenta al vasco, idioma cuyo origen se desconoce, aunque hay varias teorías al respecto. Algunos de sus hábitos articulatorios y ciertas particularidades gramaticales ejercieron poderosa influencia en la conformación del castellano por dos motivos: el condado de Castilla se fundó en un territorio de influencia vasca, entre Cantabria y el norte de León; junto a eso, las tierras que los castellanos iban ganando a los árabes se repoblaban con vascos, que, lógicamente, llevaron sus hábitos lingüísticos y, además, ocuparon puestos preeminentes en la corte castellana hasta el siglo

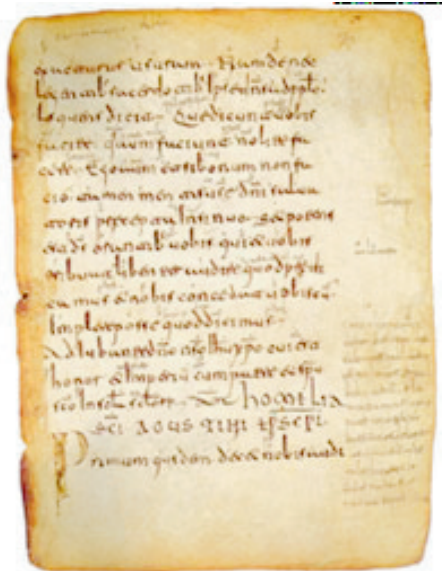
XIV. Del substrato vasco proceden algunos fenómenos fonéticos que serán característicos del castellano.

La otra herencia del vasco consiste en que ante la imposibilidad de pronunciar una *f* en posición inicial, las palabras latinas que empezaban por ese fonema lo sustituyeron en épocas tempranas por una aspiración, representada por una *h* en la escritura, que con el tiempo se perdió.

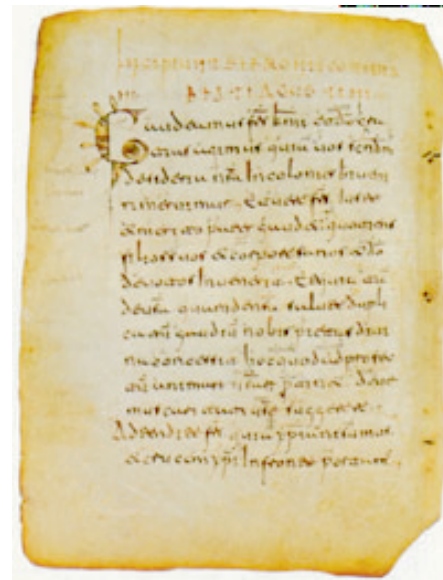
De este se deduce la doble acción llevada a cabo por el castellano:

- Acción disgregadora: presentaba muchísimas particularidades que producían una desigualdad con los demás romances.
- Acción integradora: adaptaba a su caudal léxico vocablos procedentes de otras lenguas a las que se sobreponía.

Esto era consecuencia del desarrollo de Castilla como potencia política. Pero la consecuencia más importante fue la creación de una “forma literaria” del castellano, transformando éste dialecto en una verdadera lengua. A esta época pertenecen las Glosas Silenses y las Emilianenses, del siglo X, que son anotaciones en romance a los textos en latín: contienen palabras y construcciones que no se entendían ya.



Glosa Emilianense escrita en el Monasterio de San Millán de la Cogolla.



Glosa en vascuence (los pueblos riojanos todavía, escasamente, hablaban en vascuence).

Este cambio puede fecharse en el siglo XIII. Hasta entonces sólo existían los cantares de gesta –el Cantar del Mio Cid– difundida en una lengua que buscaba una unidad, ya que estos cantares se difundían por todas las regiones. Este lenguaje de los cantares de gesta fue el primer paso hacia el establecimiento del castellano.

Pero el momento decisivo de la unificación y fijación del castellano llega en el reinado de Alfonso X el Sabio. Las obras literarias y científicas concebidas en su corte eran de carácter culto, pero en lugar de ser difundidas en latín, se difundieron en castellano.

El primer paso para convertir el castellano en la lengua oficial del reino de Castilla y León lo dio en el siglo XIII Alfonso X, que mandó componer en romance, y no en latín, las grandes obras históricas, astronómicas y legales. El castellano medieval desarrolló una serie de fonemas que hoy han desaparecido.

Desde el punto de vista gramatical ya habían desaparecido las declinaciones del latín y eran las preposiciones las que señalaban la función de las palabras en la oración. Los adjetivos posesivos iban precedidos de artículo.

Del mapa lingüístico medieval ibérico surgieron variedades lingüísticas que algunas se convirtieron en lenguas y otras, con el paso del tiempo, se transformaron en dialectos de alguna de ellas.

El hecho de utilizar el castellano como lengua culta (el castellano del siglo XII ya era la lengua de los documentos notariales y de la Biblia que mandó traducir Alfonso X), llevaba consigo un enriquecimiento en el vocabulario y en los medios para expresarse. A partir de aquí el castellano ya era un instrumento útil de expresividad como lo demuestran los dos siglos posteriores y una obra cumbre: *La Celestina* (1499). Por esta misma época (toma de Granada por los Reyes Católicos y descubrimiento de América), Antonio de Nebrija había escrito ya la primera gramática del castellano (1492) que establece una normativa a seguir.

En los siglos posteriores, en Francia, Italia e Inglaterra se editaban gramáticas y diccionarios para aprender español, que fue la lengua diplomática hasta la primera mitad del siglo XVIII. En esta etapa de la lengua se llegó al esplendor literario que representan los autores del siglo de oro. El léxico incorpora palabras originarias de tantas lenguas como contactos políticos tenía el imperio. Del italiano entran en el español desde el siglo XV al XVII los nombres de la métrica y preceptiva literaria.

Por estos años también se toma español como sinónimo de castellano. Y, en efecto, fueron muchos los escritores no españoles que utilizaron el español en sus obras. En el siglo XVI y siguiente se produce una de las cumbres literarias del español. Son los años de los grandes clásicos: Garcilaso de la Vega, San Juan de la Cruz, Cervantes, Lope de Vega, Góngora y Quevedo. Aparecen obras con *El Lazarillo de Tormes*, *La Celestina*, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, etc.



El Lazarillo de Tormes, novela del tipo picaresca publicada en 1554 en una España sumergida en literatura de caballeros y espadachines románticos.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BETA; Marques de Gibraltor, Conde de Benalcazar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.



Año,

1605.

CON PRIVILEGIO, EN MADRID, Por Juan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey año fecho.

Portada de una de las primeras ediciones del *Quijote*.

EL ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

En el año 1713 se fundó la Real Academia Española por iniciativa de Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena. Felipe V aprobó su constitución el 3 de octubre de 1714 y la colocó bajo su “amparo y Real Protección”. Su primera tarea fue la de fijar el idioma y sancionar los cambios que de su idioma habían hecho los hablantes a lo largo de los siglos. En esta época se había terminado el cambio fonético y morfológico y el sistema verbal de tiempos simples y compuestos era el mismo que ha estado vigente hasta la primera mitad del siglo XX.

El propósito de la RAE fue el de “fijar las voces y vocablos de la lengua castellana en su mayor propiedad, elegancia y pureza”. Se representó tal finalidad con un emblema formado por un crisol al fuego con la leyenda *Limpia, fija y da esplendor*, obediente al propósito enunciado de combatir cuanto alterara la elegancia y pureza del idioma, y de fijarlo en el estado de plenitud alcanzado en el siglo XVI. La institución ha ido adaptando sus funciones a los tiempos que le ha tocado vivir. Actualmente, y según lo establecido por el artículo primero de sus Estatutos, la Academia «tiene como

misión principal velar porque los cambios que experimente la Lengua Española en su constante adaptación a las necesidades de sus hablantes no quiebren la esencial unidad que mantiene en todo el ámbito hispánico».



Dibujo de la época de la sede de la Real Academia Española.

Hoy, en el mundo hay unos cinco mil idiomas, subdivididos en muchísimos dialectos o formas locales de los idiomas, pero la lengua española se habla en muchos países, por varios cientos de millones de personas, con sus particularidades en cada uno, y, junto con el Inglés, es la lengua más utilizada para la comunicación entre las personas de distintos países.

El español es, por número de hablantes, la tercera lengua del mundo. Pese a ser una lengua hablada en zonas tan distantes, existe una cierta uniformidad en el nivel culto del idioma que permite a las gentes de uno u otro lado del Atlántico entenderse con relativa facilidad. Las mayores diferencias son de carácter suprasegmental, es decir, la variada entonación, fruto al parecer de los diversos substratos lingüísticos que existen en los países de habla hispánica.